

LOS PERROS DEL PARAISO

El Ustasio cangrejeó hasta los 63 años, se echaba los trastales en la barqueta y perchando, perchando, abandonaba la islilla repleta de carrizos, masiegas y chiquillos desnudos, en busca del recodo más propicio para la labor. Colocaba los garlitos y descabezaba, de paso, un sueñecillo trotón y bullanguero que le andaba llamando de tú desde que enfilara la primera cuchará del almuerzo. Así todos los días, recuento de capturas tan a ojo que ya le diera lo mismo diez que cién, su ciencia no iba más lejos, y a aguantar el tirón de alguna carpa o cachuelo que se le pusiera a mano. Cómo se reía el pingojuán cuando veía al médico joven, caña en ristre, con aquella carita de santo inocente más para reclamo en la hornacina de la iglesia que entendiéndoles las tripas a los enfermos. Se le arrimaba a la orilla y le decía “Usté, San Crispás, la pesca a bocaos”, y metiendo los hocicos en el agua verdosa sacaba un barbo coletón sin más esperanza que la de dorar la sartén. El Ustasio venía de pescadores, y sí a los tres años retozaba en el polvo/fuego de la canícula, a los cuatro iba por libre en la barqueta chica y no había día que se le negase una buena pesca. De su padre todavía se recuerda cómo capturó a mano aquella carpa grande como un ojo de río, puestos a exagerar que no debió ser cosa tan extraordinaria si pocos fueron los que pudieron verlo y ya se sabe la boca que gastaban cerca del vino. Desde entonces él vivió de la fantasía de pescas semejantes hasta que un buen día, ya es malo que las nubes no escurran y mermen las aguas, vinieron gente del ministerio a decirle lo que había, profundizar el cauce del río. Eso y desaparecer la pesca fue una misma cosa y el Ustasio corrido y desilusionado, recogió la cabaña, subió la familia al carro y tiró para el pueblo con los ojos rebuscándole las lágrimas.

Ahora tiene algunos años más, la cabeza monda y los ojos extraviados. Si sólo fueran los ojos, pero hace un tiempo que al Ustasio, Eustasio Barbas Díaz, “natural del agua y vecino de sus vecinos”, no le funciona nada. Desde la ventana, esta amplia ventana, lo sigo con la mirada. Gordo, curvado y pringoso como un chico, arrastra los alpargates apoyándose en una vara lisa, remedo de percha en esta tierra firme y gruesa de muerto, aliviándose el dolor con una ceguera voluntaria, ajeno a cuanto ocurre alrededor. Pero no siempre fue así, apenas se instaló en una de esas casejas del lado bajo, hizo tertulia con Cándido y Mamerto, ambos panaderos, ya

se sabe que buenos cazadores también y en recuerdo de otros buenos ratos a pie de río le sirvió para ir entreteniendo al tiempo. Mas ya se sabe, a los pocos meses de no sentir los pies húmedos ni el ruido de los juncos barridos por el viento, de no saber del suave parpadeo del sol olisqueándole los numerosos rotos del sombrero en la siesta pesquera, se puso mohíno, y aún peor, alienado. Lo primero fue el desaire que le hizo a don Prudencio, el párroco tiñoso, que me van a perdonar ustedes pero aquello de meter los pies en la pila bautismal fue una cochinateda que no se la salta un gitano. Y luego vino lo del estanque del Casino o el día aquel que se cruzó con el mediquillo joven y se fue hacia el charquejo más próximo, “San Crispás, la pesca a bocaos”, y metió los morros en el barro hasta la nuca sin mas captura que una bola de tierra húmeda que bien le pudo costar un disgusto. Es cierto que desde entonces se dedica a otros menesteres, hace recaudo de pan que va guardando en la bolsillera de la chaquetilla hasta convertirlos en pequeños bultos sospechosos y se va marchando, poco a poco, no es mucho lo que el cuerpo ayuda, hacia la valliza del campo de deportes, muy cerca de la vía, justo aquí enfrente, donde se sienta y comienza a derramar, en menudos trocitos, los migajos morenos. Cuando aparece algún pájaro blandeo la vara, “ya habrá tiempo de reidoras y gorriones”, que lo suyo es esperar que alguno de los perrillos juguetones pero definitivamente mugrientos se venga hacia él y en tanto olfatea el mísero festín se lo acerca entre las piernas, le acaricia las orejas confiadas y, como en un rito ancestral, lenta, cadenciosamente, comienza a masturbarlo.

